



Un Cuadro inglés.

UN CUADRO INGLES.

EN lá página 151 del primer tomo de nuestra colección, os hemos contado la muerte de los hijos de Eduardo IV de Inglaterra, dando á este hecho histórico el interes dramático de algunos episodios. Hoy ha llegado á nuestras manos la copia de un cuadro inglés donde aparece la reina de la Gran Bretaña abrazando por la última vez á sus desgraciados hijos, y no hemos podido resistir á la tentacion de hacerlo grabar en nuestro periódico, recordando en pocas palabras el trágico suceso que representa. Aquellos de nuestros lectores que nos vienen acompañando desde la publicación del *Mentor*, no necesitan sin duda alguna este recuerdo; pero como hay muchos que no han podido obtener nuestro primer tomo por haberse concluido la tirada, diremos lo necesario para que se enteren del trágico suceso que nos ocupa.

Al tiempo de morir Eduardo IV rey de la Gran Bretaña, encomendó sus dos hijos á su hermano Ricardo, duque de Gloucester, quien debia gobernar el reino hasta que el primogénito se hallase en edad de empuñar el cetro. El ambicioso duque prometió á su regio hermano guardar el reino en tutela y proteger á sus sobrinos; pero no tardó en descubrir sus siniestras intenciones, de suerte que la reina de Inglaterra, conociendo la proterva ambición del tutor, trató de poner á cubierto de cualquiera trama á sus hijos, con cuyo fin se los llevó á una plaza fuerte.

De nada sirvió esta precaucion: presos los dos niños fueron conducidos á la torre de Londres, donde permanecieron unas seis semanas. Al cabo de este tiempo, su tio, el desalmado duque de Gloucester, les hizo dar muerte, apoderándose de la corona. Dice un cronista que los dos príncipes estaban durmiendo cuando se presentaron los asesinos; al ruido despertó Jorge, y

empezó á gritar: « hermano, despierta, que quieren matarnos. » Y volviéndose á los asesinos, añadió: « por qué quereis matar á mi hermano? tomad mi vida y perdonad la suya. » Los malvados no hicieron caso de estas sentidas palabras, y despues de quitar la vida á los tiernos cuanto desgraciados príncipes, arrastraron sus cadáveres á un lugar secreto.

Muerto el rey Ricardo, se les tributaron reales exequias, y mientras la historia condena severamente la barbarie del asesino, consagra un tierno recuerdo á esas dos inocentes víctimas de la ambicion ajena. Derramad vosotros una lágrima por los desgraciados Eduardo y Jorge, cuyo corazon traspasaron los puñales asesinos sin otro delito que el haber nacido en regia cuna!

TRIBULACIONES Y DESGRACIAS DE UN IGNORANTE.

PRIMERA PARTE.

I.

Mi nacimiento y bautizo.

Me llamo Bonifacio Troton, y el dia de santo Tomás, patrono de los incrédulos, cumulo diez y seis años. Soy corto de talla, regordete, carrilludo, y al primer aspecto me parezco á una pelota colocada sobre unas tenazas.

Si tengo la punta de la nariz tan encarnada como una cereza, es porque nací en el mes de enero, en el rigor de un invierno crudísimo, y mi nodriza me dejó

expuesto muchas veces á las heladas , de las cuales no pudo salir ilesa mi nariz.

No siendo muy largo de bolsillo mi padre, no repicaron las campanas de Alcalá de Guadaíra , en la Andalucía Baja , para celebrar el nacimiento de un servidor de VV. , á cuyo servidor cupo la suerte de encontrar quien le sacára de pila á los ocho días de haber llegado á este mundo. Su padrino el tío Candelario Conejo le tuvo por los pies, y por la cabeza su madrina la tía Gorgoja.

Sin embargo , como la causa mas pequeñita produce cuando ménos un efecto , mi familia celebró el feliz alumbramiento de mi madre con un estético pero alegre banquete. Los convidados pasaron toda la noche en reír y cantar , y todos estaban sumamente contentos , menos yo que, envuelto en unos pañales y tendido en una cuna ejecutaba un solo de clarinete en medio de los gestos mas feos ; soltando unos maullidos de mi flor.

Véanme VV. pues no solo en el mundo , sino bautizado ; y como , segun me han contado , estos dos sucesos son los únicos notables de mis mas tiernos años, demos una zancajada para llegar deprisa á la época de mis primeros hechos en la vida.

II.

Mi padre se separa de mí.

Apenas tenia seis años , cuando ya el cielo me habia arrebatado á mi madre. Mi padre, profundamente afectado con la pérdida de una esposa á quien queria como á su único tesoro , pensaba en poner en ejecucion su antiguo proyecto de abandonar aquel pais , cuando recibió una carta de un su hermano residente en Maracaibo (América).

El contenido de la carta no podia ser mejor , pues mi tío instaba á mi padre á que se pusiese en camino , diciéndole tenia grandes deseos de dividir con él una for-

tuna que habia adquirido, gracias á los primeros recursos que le hubo de proporcionar el autor de mis dias en tiempos mas felices.

Al instante decidió marchar, y apenas habian transcurrido unos dias cuando ya mi padre caminaba hácia Cadiz, donde debia embarcarse para la América meridional.

Mi padre no quiso comprenderme en el corto equipaje que llevaba, y tuvo á bien confiarme á mi padrino el tio Conejo, de quien ya es tiempo que hable á VV.

III.

Lo que era mi padrino.—Mi amigo Tomás.

El tio Candelario Conejo, á quien pueden VV. ver desde aquí, con su vientre de tambor, su cara granujenta, su sombrero tan grande como su paraguas, su chaqueta color de castaña toda agujereada, y sus calzones del siglo XIV, además de ser profesor de canto, enseñaba á escribir y contar por dos reales; pero era un completo egoista.

Así es que aceptó gruñendo la tutela de su ahijado, y aunque su título de padrino casi le imponia las obligaciones de un padre, de buena gana se hubiera eximido de su cargo sin la esperanza de que mi padre le recompensaría cuando volviese rico.

Véanme VV. pues instalado en mi nuevo domicilio Este cambio de situacion topográfica me proporcionó la fortuna de ser vecino de mi madrina la tia Gorgoja, cuya buena mujer me queria como á su hijo. Por esto aprobaba todas mis resoluciones, y yo pasaba á su lado la mayor parte del dia.

Desde luego entablé relaciones con su sobrino Tomás, que tendria mi misma edad, y aunque nuestros caracteres eran enteramente opuestos, como lo probaban los muchos soplamocos que nos regalábamos todos los dias, acabamos por ser el mejor par de amigos.

IV.

Mis travesuras. — No quiero aprender. — Una de las mías.

Importábale muy poco á mi padrino que saliese ó no saliese de casa, y aun le parecían siglos de martirio los pocos instantes que pasaba á su lado, pues confieso francamente que llevado de mi genio travieso y enredador, me ocupaba sin descanso en hacerle rabiar.

Cuántas veces le quité la peluca y la blanqueé con harina! cuántas veces me divertí en volverle los calzones al revés mientras dormía! Confieso sin embargo que todo esto nacia de que mi pereza era muy grande y quería aburrir á mi padrino, el cual, con no poca paciencia en esta parte, se habia empeñado en enseñarme á leer.

En efecto, pronto iba á hacer medio año que el tío Conejo se ocupaba en obligarme con la punta de una vara á que descifrara unas rayitas negras sobre un papel blanco, á las cuales llamaba las veinte y cinco letras del alfabeto, sin que nunca hubiese llegado á distinguir la L de la E, y la N de la Z. Sin embargo, á los siete meses ya sabia el *a b c*; pero cuando vinieron los *ba be bi bo bu*, *da de di do du*, y otros ejercicios no menos divertidos, puse toda mi aplicacion en hacer muecas á mi padrino, y no adelanté una palotada.

Al fin llegó un dia en que el tío Conejo se cansó, y tirándome la cartilla á la cara exclamó indignado: «siempre serás un ignorante, puesto que ni aun sabrás leer.» Y desde entonces no volvió á intentar siquiera el enseñarme.

Lejos de afligirme la resolucion de mi padrino, me alegré de todo corazon, y pronto olvidé las primeras nociones de su enseñanza. Ay! cuánto no me he arrepentido en lo sucesivo de haber sido tan rebelde á las intenciones del preceptor! Nada me faltaba para haber

aprendido como cualquiera otro, á lo menos á leer, sino la aplicacion que nace del deseo de instruirse, pues por lo que hace á inteligencia no me faltaba, en atencion á que no pasaba un dia sin que, gracias á ella, no encontrase algun nuevo modo de hacer rabiarse al tío Conejo.

Entre otras malas pasadas que le jugué, y por las cuales lleno de arrepentimiento hoy le pido sincero perdón, esta merece ser citada.

Mi padrino salia á pasear todas las tardes al campo y se retiraba ya de noche. Por delante de un huerto suyo pasaba un brazo del Guadalquivir, y para acortar camino, poniendo en práctica el axioma matemático de que la línea recta es el camino mas corto de un punto á otro, mandó echar una tabla de una orilla á otra, una especie de puente rústico por el estilo de los que se ven en todas nuestras campiñas, que proporcionaba á mi padrino paso útil si no cómodo.

Un dia que mi padrino me habia cascado con mas fuerza que de costumbre, y que se habia detenido en el huerto hasta la noche, de acuerdo con Tomás, que siempre se prestaba á mis diabluras, quité á fuerza de trabajo por uno de los extremos de la tabla su único punto de apoyo á fin de que se desprendiese con el menor peso. Hecho esto, Tomás y yo nos escondimos detrás de un vallado, para ver desde allí á mi padrino y presenciar los resultados de nuestra imprudente travesura.

No hacia media hora que le esperábamos cuando divisamos al tío Conejo dirigiéndose precipitadamente hácia el punto en que teniamos fija nuestra maligna atencion. Apenas puso los pies en la tabla, le vimos, ó por mejor decir, le oimos caer en las aguas del riachuelo.

En el mismo instante, sin embargo de que iba dispuesto á reirme, me sentí aterrado, y una voz interior como la de la conciencia me gritó: «sabes, infeliz, lo que acabas de hacer?... tal vez á estas horas tu padrino exhala el último suspiro!»

Entonces, de repente y sin proferir una palabra, me arrojé hácia el puentecillo: cuando llegué á él, me arrodillé sobre la orilla, diciendo: «padrino, padrino, ¿dónde está V.?» Nadie me respondió, y entonces dije á Tomás, que estaba todavía mas asustado que yo: «pobres de nosotros! ¿qué es lo que hemos hecho?» Luego, dirigiendo la vista hácia la corriente, interrogué á favor de los rayos de la luna la profundidad y las orillas del riachuelo. De pronto ví corriendo y huyendo delante de nosotros una cosa como una masa redonda, que daba brincos de vez en cuando, y andaba prodigiosamente.

Sin pensar en lo que podria ser, tomé el galope tras de las huellas de lo que no sabia lo que era, y que me dejaba muy atrás. Cuando llegué á la plaza penetré en un grupo del cual salian gritos de sorpresa, gritos cuya explicacion supe luego que metí la nariz en el círculo, pues ví á mi padrino con el cráneo como la concha de una tortuga, sin aliento, transido y mojado como una sopa. A su lado se veia una burra bastante fuerte, y cuando menos tan rendida como él. Hé aquí lo que habia sucedido.

La Providencia, que vela sobre nosotros sin descanso, y casi siempre frustra los proyectos de los malos, habia permitido que la horrica de un molinero se hallase, despues de haber pastado, vivamente acometida de la sed, por lo cual se dirigió al sitio en que estaba el puentecillo improvisado: mi padrino, en el momento en que le faltó la tabla, cayó á horecadas sobre el animal bien venido, y este, llevado del susto se puso á galopar con su carga, de tal suerte, que llevando el uno al otro, acababan de llegar, ambos muertos de miedo, al sitio en que los encontré.

Consecuencias.—**Mi padrino me arroja políticamente de casa.**—**Me voy á Cádiz.**

Los resultados de semejante diablura, que pudo te-

ner las consecuencias más funestas para mi padrino, recayeron sobre mí, y esto fué un golpe que decidió de mi último destino, lanzándome en una vida llena de aventuras.

El tío Conejo no se dejó engañar, y ya sospechaba que yo había sido el autor de la ocurrencia del puente, cuando una indiscreción de Tomás acabó de hacérselo creer. Era pues evidente que yo iba á sufrir los efectos de su justa cólera; pero supo contenerse hasta el extremo de hacerme creer que quería cerrar los ojos para no ver mi mala acción.

Una tarde sin embargo me dió á conocer tácitamente que menos que nunca me dispensaba su afecto, y que tenía grabada en su corazón la insolencia de mi conducta.

«Bonifacio, me dijo, vas á partir para Cádiz, porque ya es tiempo de que trabajes, y te he buscado un acomodo en casa de un amigo, el cual te espera. Aquí están las señas; mañana te pondrás en camino.»

Esta noticia tan imprevista me causó á un mismo tiempo grande alegría y mortal pesadumbre, mortal pesadumbre porque adiviné que mi padrino, queriendo deshacerse de mí, me despedía con un pretexto honroso, y grande alegría porque hacía mucho tiempo que deseaba correr mundo.

Al día siguiente ya estaba en pie á las cinco de la mañana; corrí á despedirme de Tomás, quien me manifestó su sentimiento de perder á su compañero de locuras, y fuí á dar un abrazo á mi buena madrina, la cual sollozó al estrecharme contra su seno.

Por lo que hace á mí, acabo de decirlo, aunque me afligía el pensar que mi padrino me ponía políticamente en la puerta, me alegraba de verme entregado á mí mismo. Y sin detenerme á hacer molestas reflexiones que ofendían mi amorcillo propio, adopté un partido, y lleno de resolución tomé el camino, á cuya conclusión esperaba hallar la dicha.

(Se continuará.)

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Los efímeros en París.—Brevedad de la vida de estos insectos.—Pensamientos ingeniosos de Franklin.—Efímeros en el reino vegetal.

Hace pocos años se vió en París una noche una plaga numerosísima de insectos alados del género de los efímeros, producidos por el calor, los cuales invadieron las orillas de los arroyos que se encaminan por canales subterráneos al Sena, y que entonces se hallaban descubiertos, dejando ver una embocadura cenagosa, gracias á haberse retirado las aguas del rio. Todo el cieno de aquellos arroyos parecia que se animaba transformándose en insectos, y las bandadas que de él salian se elevaban alegremente, cayendo con avidez sobre los reverberos, atraídos por la luz como sucede á todos los insectos volátiles. Los transeuntes, admirados desde luego de semejante espectáculo, empezaron á inquietarse un poco al ver que los enjambres se sucedian sin interrupcion, y temieron que los efímeros iban á invadir la capital. Probablemente habria entre ellos algunos que hubiesen leído los detalles que dan los viajeros acerca de los daños que causan en las regiones cálidas de Asia y Africa las bandadas de langostas que oscurecen el aire, devoran toda la vegetacion que encuentran á su paso, y no desaparecen hasta que las arrebatan un viento fuerte, sobre todo hácia la parte del mar donde acaban por ahogarse. Es regular que algunos buenos parisienses temieran de parte de los efímeros daños por el estilo de los que ocasionan las langostas; porque propusieron con mucha seriedad ir á buscar paja, hacer montones con ella y prenderla fuego, á fin de atraer á los enjambres y quemarlos á todos vivos: es decir, que para evitar el peligro que creian amenazaba á la gran capital de Francia, no encontraron otro medio que abrasar á los efímeros. Un naturalista que pasó por allí, informado de la causa de aquel tropel de gentes supo lo que querian hacer, y les dijo con la ma-



por calma del mundo: «amigos, no hay que tomarse tanto trabajo; esos insectos solo vivirán algunas horas; dejadlos en paz, que no tardará mucho en venir la muerte á poner término á sus alegres juegos, y mañana no existirán esas ruidosas bandadas.»

El éxito probó que tenia razon, pues al dia siguiente se vieron las orillas del Sena cubiertas de cadáveres de aquellos insectos, pues efectivamente esta es la corta duracion que la naturaleza ha concedido á los efimeros: nacen por la noche, mueren al rayar el dia, y para ellos la carrera de la vida se reduce á diez ó doce horas, durante las cuales ponen las hembras un número prodigioso de huevos destinados á propagar la raza de esos animalitos. Sin embargo, no creais que los efimeros son con respecto á la vida menos felices que otros animales de su raza: antes de ser insectos volátiles han sido gusanos de tierra, y han vivido uno ó muchos años en el cieno de los arroyos ó en la tierra húmeda contigua al agua, llamándose larvas cuando se hallan en este estado. Estos gusanos se convierten, es decir, se cambian en seguida en ninfas ó gusanos provistos de alas imperfectas todavía. Despues de pasar algun tiempo en este segundo estado, sufren otra metamórfosis, se desprende su piel ó estuche, desarróllanse sus cuatro alas, y entonces ya pertenecen al rango de los insectos volátiles. Esta última transformacion se verifica por lo regular al ponerse el sol, en los meses de verano, y hé aquí por qué vió París en una de las noches de agosto esos enjambres numerosos de insectos que se remontaban sobre las orillas del Sena, y revoloteaban sobre las encrucijadas y puentes, gozando alegremente del término tan corto reservado á su metamórfosis.

Recordamos con este motivo un lindo pensamiento de Franklin. Este hombre tan sencillo, tan filósofo, dotado de tan buen talento, era embajador de los Estados Unidos cerca del rey de los franceses en 1778. Era la época en que los ricos ociosos de París tenian gran-

des disputas acerca de la ópera, pues la opinion se hallaba dividida, prefiriendo unos á un compositor de música aleman llamado Gluck, y otros al italiano Piccini. Parte de los abonados á la ópera defendia á Gluck, y la otra á Piccini, por lo cual se escribian folletos, habia reyertas, y todo para sostener que el un músico era superior al otro. El hecho es que ambos tenian un talento eminente, y proporcionaban muy buenos ratos á los aficionados á la música. Franklin, acostumbrado á pensar en cosas sérias, vió con sentimiento la frivolidad de los parisienses, pareciéndole que la disputa acerca de la superioridad de un músico es un objeto de conversacion bien fútil para seres cuya vida es tan corta, y que tienen otras tantas cosas mas sérias é importantes que discutir. Esto le inspiró la idea de la composicion literaria de que acabamos de hablar, y dijo que habiendo estudiado el lenguaje de los animales, oyó paseándose en un jardin á muchos efímeros disputando acaloradamente.

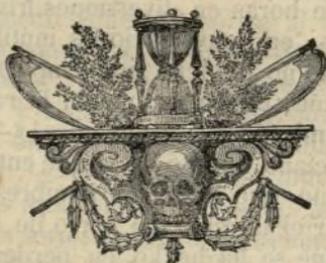
«Conocí, dice, por algunas expresiones que pude atrapar acá y allá, que la disputa giraba sobre el mérito de dos músicos que habian llegado entre ellos, uno de los cuales era un mosquito y el otro un moscardon. Al parecer se hallaban tan ocupados en su disputa, que no parecia sino que debian vivir un mes todavía. Pícaro pueblo, me dije á mí mismo, que no tiene otro cuidado sino saber quien es superior, el mosquito ó el moscardon, y olvida que el sol no lucirá dos veces para él! Me alejé de los efímeros que disputaban, y ví sobre una hoja á un anciano de la misma raza, sumergido al parecer en reflexiones filosóficas; escuché, y oí el monólogo siguiente de aquel solitario:—Ya he llegado á la edad de siete horas, las cuales forman cuatrocientos veinte minutos; qué espacio de tiempo tan largo! Ya no existen los amigos de mi juventud, y á mí solo me queda media hora. ¿De qué me sirve ahora todo el trabajo que me he tomado para amontonar tanta miel sobre esta hoja si no he de poder disfrutarla? ¿De qué

me sirve la reputacion de hombre agradable que he adquirido entre los efimeros? Cuánto tiempo he perdido en mis siete horas en diversiones frívolas, en ocupaciones fútiles, en conversaciones inútiles! Oh! cuánto mas prudente no hubiera sido emplear mis siete horas en instruirme, en hacer bien á la raza efímera, y en hacerme sentir de mis semejantes!»— De este modo habló el anciano insecto, y ví que entre los efimeros sucede lo mismo que entre los hombres; cuando está para transcurrir el término tan corto de la vida, se conoce lo mal que se ha hecho en perder tanto tiempo, cuando pudiera uno haberlo empleado con utilidad, y contribuido á acortarse una vida que es ya tan corta para los hombres como para los efimeros, pues algunas horas ó algunos lustros, qué diferencia hay entre esos dos espacios comparados con la eternidad!»

Hé aquí el sentido de las reflexiones que el sábio Francklin saca de su alegoría, y acaba por decir: que despues de todo el trabajo que se habia tomado durante su vida, no le quedaba otro placer que el recuerdo de algun bien que habia podido hacer, y la conversacion de personas instruidas.

El reino animal no es el único que nos da un ejemplo notable de la brevedad de la vida, pues la vegetacion tiene tambien sus efimeros, los cuales son las flores que solo duran algunas horas, y que se marchitan en seguida para dejar sitio á otras, del mismo modo que en la vida se suceden las generaciones unas á otras, y al parecer solo tienen una existencia efímera, cuando se compara su duracion con el término que ha transcurrido desde que existe el género humano, y con el que transcurrirá todavía hasta que deje de ser.





EN LA MUERTE DE UN JOVEN.

Era de noche: la luna,
Su faz velada, ninguna
Luz mostraba, y ocultar
Al cielo se viera en tanto,
Envuelto en lóbrego manto,
De la estrella el fulgurar.

Mandaba el Odiel (1) sereno
Sus aguas al hondo seno
Del mar cercano, y oír
Dejaba un murmullo blando,
Movido al viento formando
Olas de plata y zafir.

De repente interrumpido
Vióse el silencio; un sonido
Armonioso y celestial
Se esparciera, cual si el viento
Enviase suave aliento
A una lira angelical.

Cesó pronto; mas vibrada
Luego el arpa regalada

(1) Rio que baña uno de los costados de Huelva.

Tristemente se escuchó,
Y á su acento sonoro
Con voz dulce, melodioso
Este cántico siguió.

Duerme, oh Saz, en la tumba mientras tanto
Con dolorida voz yo triste canto
Al pié de tu sepúlcro, y vagaroso
Lleva el eco mi fúnebre lamento
Por la playa que riega en sordo acento
El Odiel bullicioso.

¡Ay! de tu vida en la feliz mañana
Moriste, como flor bella y lozana
Que marchita al nacer el cierzo helado;
A la mansion bajaste del olvido
De tu edad en el abril florido
Cual lirio deshojado.

Yo te ví, triste jóven; en tu frente
El sello se mostraba de tu ardiente
Pasado padecer; impresa en ella
Marchita palidez se descubría,
Y en tu faz de la muerte se veía
La fiera horrible huella.

Y tu negra rizada cabellera
El aliento del céfiro meciera,
Y tus ojos ya mustios y dormidos
Alzados al Olimpo se mostráran,
Y entreabiertos un tanto se miráran
Tus labios encendidos!

Pobre jóven! viven otros,
De la maldad fiel modelo,
Largos años, y á lí el cielo
De este mundo te arrancó
En la aurora de tu vida,
Y la virtud ¡ay! contigo
A un tiempo, mi triste amigo,
De este suelo arrebató.



No te tegieron girnaldas
 El verde mirto y laurel,
 Ni el encarnadó clavel,
 Ni la rosa del abril.
 Del aciprés sepulcral
 La rama te rodeára,
 Y funesta coronára
 Tu cabeza juvenil.

Y á la huesa
 Descendiente,
 Y á ella triste
 Vengo yo
 A cantarte
 Mi penar
 Y el pesar
 Que me agitó.

Yaces, jóven,
 Ya sumido
 En olvido
 Eternal,
 Y disfruta
 Ya tu alma
 De la calma
 Celestial.

Y tus deudos
 Te olvidaron,
 Acabaron
 Su sentir,
 Y en tu tumba
 No lloráran,
 Ni arrojárán
 Flores mil.

Yo tan solo,
 Tierno amigo,
 Siempre abrigo
 Mi dolor,
 Y alzo triste
 Mi lamento
 De los vientos
 Al rumor.

Goza, jóven, de penas exento,
 Paz allá en la mansion del querub,
 Y benigno oye el lánguido acento
 Que lanzára mi triste laud.

T. y S. D.

